

es demasiado hermosa y el disgusto tiene harto poca importancia, para que dude en dar el primer paso; por lo demás, estamos ya en tiempo de Pascuas y celebraré que sea usted la causa de nuestra reconciliación.

Obligarón á la joven á que se quedara á comer en la casa; muchos convidados llegaron poco á poco y le demostraron el más vivo interés. En el momento en que iban á sentarse á la mesa, el pariente de quien se ha hablado se presentó de repente en el comedor, exclamando, según el uso de Pascuas:

— *Christos voseres*¹.

No hubo otra explicación que los abrazos más sinceros. El señor L..., aprovechando la buena disposición de su pariente, le presentó á la joven siberiana.

Durante la comida hablaron de su asunto, y todo el mundo convino en que al aconsejarle que se dirigiera al Senado le habían indicado un mal camino. La revisión del proceso de su padre, según todos los procedimientos judiciales, hubiera podido durar mucho tiempo, imaginando que era mucho más ventajoso dirigirse directamente á la bondad del emperador, y le prometieron buscar, con tiempo, los medios para llegar á ello. En fin, todos los convidados le advitieron que no volviese á exponerse á las aventuras del Senado, cuyo relato había divertido mucho á la sociedad. Al anoecer, la señora de L... la hizo conducir por su criado á casa del comerciante.

1. Es costumbre en Rusia abrazar á sus amigos y conocidos la primera vez que se les encuentra en la semana de Pascua: el que abraza primero, dice *Christos voseres* (Cristo ha resucitado); el otro contesta: *Voistino voseres* (en verdad ha resucitado).

En camino para ella, Prascovia no cesaba de admirarse del modo con que la Providencia la había conducido á casa del señor de L... en el momento de la reconciliación de los dos parientes, y como á propósito para disponerles en su favor; y cuando pasó por delante del Senado, acordóse de la plegaria que había dirigido á Dios en demanda de no volver allí más que una vez.

« Su bondad, pensaba, ha hecho más de lo que yo le había pedido, puesto que ya no tendré que volver ni esta sola vez siquiera. Y este hombre de hierro también me ha servido, por la gracia de Dios, añadió mirando la estatua de Pedro el Grande; sin él quizá no hubiera visto que el puente estaba restablecido; no hubiera trabado conocimiento con esos buenos amigos que me han prometido su ayuda y gracias á cuya protección espero obtener la libertad de mi padre. »

Tales eran las reflexiones de Prascovia, cuya vivísima fe sostenía y dirigía sus acciones todas. Sin embargo, á pesar de todo el interés que por ella tomaban sus amigos de Wassili-Ostrow, otro debía ser el origen de su dicha.

El comerciante, vuelto hacia algunos días de Riga, sorprendióse de encontrarla todavía en su casa, y se había dedicado á averiguar el domicilio de la princesa de de T..., para quien tenía la joven una carta de recomendación; esta señora, prevenida también de la próxima llegada de la viajera, la esperaba en su casa. El comerciante la vió y recibió orden de conducirla á Prascovia. Ésta abandonó la casa que había habitado durante dos meses, y sobre todo á su buena dueña, con

mucho sentimiento; pero la protección de una gran señora favorecía de tal modo sus esperanzas, que pronto este poderoso incentivo pudo más que su tristeza.

Cuando llegó á casa de la princesa con su conductor y el portero le abrió la puerta, Prascovia, viéndole todo lleno de galones, creyó que era un senador que salía de la casa y le hizo una reverencia.

— ¡Es el portero de la princesa! le dijo en voz baja el comerciante.

Llegados á lo alto de la escalera, el portero hizo sonar dos veces la campanilla, de lo cual ella no supo darse bien cuenta; pero como había visto algunas veces timbres en las puertas de las tiendas, creyó sencillamente que era esto una precaución contra los ladrones. Al entrar en el salón, vióse intimidada por el aire de ceremonia y el silencio que allí reinaban: jamás había visto habitación adornada con tanto lujo, y, sobre todo, tan bien iluminada. La concurrencia era numerosa y dispuesta en grupos: los jóvenes jugaban al rededor de una mesa en un rincón, y todas las miradas estaban fijas en ella.

La anciana princesa jugaba una partida de *boston* con otras tres personas; en cuanto distinguió á la joven, ordenóle que se aproximara.

— Buenos días, hija mía, le dijo. ¿Traes una carta para mí?

Desgraciadamente, Prascovia había olvidado prepararla, viéndose obligada á sacar un saquito de su seno, del cual extrajo penosamente la carta. Los concurrentes murmuraban y reían por lo bajo. La princesa tomó

la carta y la leyó con atención. Durante este tiempo, uno de los jugadores que había arriesgado su juego y á quien esta visita contrarió bastante, tecleaba impacientemente con sus dedos encima de la mesa, mirando á la recién llegada que venía á turbar su diversión y que creyó reconocer en él al señor gordo que se había negado á tomar su memorial en el Senado. Cuando vió que la princesa volvía á doblar la carta, exclamó con voz formidable:

— ¡Boston!

Prascovia, ya desconcertada, viendo que la miraba fijamente, creyó que le dirigía á ella la palabra y contestó:

— ¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

Lo cual hizo reír á todo el mundo.

La princesa le dijo que estaba encantada de conocer su buena conducta y su amor hacia sus padres; prometió servirla, y después de haber dicho algunas palabras en francés á una señora de su servidumbre, despidióse de ella con una señal de cabeza.

Durante los primeros días que pasó en casa de su nueva protectora, Prascovia se encontró muy aislada y muy llena de apuros; hubiera preferido quedar retenida en casa de sus amigos de Wassili-Ostrow, ó siquiera en casa del comerciante. Sin embargo, al cabo de algunos días, encontróse ya más á gusto en la casa y trabó conocimiento con las personas que la habitaban. Los criados eran tan serviciales, como su ama buena y generosa. Sentábase á la mesa de la princesa, quien, por su edad y sus achaques, se hallaba casi siempre

retenida en su cuarto y no había tenido aún ocasión para hablarle en particular. Pronto las personas de la sociedad se acostumbraron á su presencia y no se ocuparon más en ella. La joven extranjera había á menudo hecho hablar á la princesa del objeto de su viaje y de sus esperanzas; pero sea que esta señora considerase imposible el buen éxito, sea que las personas que se encargaron de hablarle lo hubieran descuidado, sus ruegos no tuvieron ningún resultado, y todas sus esperanzas estaban únicamente fundadas en la protección de sus amigos de Wassili-Ostrow, á quienes veía con bastante frecuencia.

Durante su permanencia en casa del comerciante, un oficial de cancillería, el señor V..., secretario de órdenes de S. M. I. la emperatriz madre, le había aconsejado que presentara una solicitud en demanda de socorros, y él mismo se había encargado de hacerla llegar á su destino. El señor V..., creyendo socorrer á un pobre ordinario, le había asignado cincuenta rublos y le dijo que pasara por su casa. Se presentó por la mañana, estando él ausente, y fué recibida por la señora V..., que la acogió amistosamente y escuchó el relato de sus aventuras con tanta satisfacción como sorpresa. La joven se encontraba, al fin, sobre el camino que debía conducirla á la realización de todos sus deseos. La señora V... le rogó que aguardara el regreso de su marido; y en la larga conferencia que entrambas tuvieron, aquella dama sintió redoblar el interés que había concebido por Prascovia desde el primer momento.

Cuando las personas de verdadero mérito, cuando las almas buenas se encuentran por primera vez, no traban conocimiento: puede decirse que se reconocen como verdaderos amigos que hubiesen vivido separados sólo por la distancia ó la desigualdad de las condiciones.

Durante la primera hora que Prascovia pasó en casa de dicha señora, reconoció con transporte esa acogida sencilla y cordial que jamás la había engañado en sus esperanzas, y presintió su fortuna; encontró en su corazón más confianza de la que nunca había sentido. Sus plegarias, escuchadas por la benevolencia y sostenidas por la esperanza, tuvieron todo el calor que debía asegurar su favorable éxito.

Á su regreso, el señor V... compartió los sentimientos de su esposa, y no quiso ofrecer á nuestra joven heroína el socorro que le había destinado sin conocerla. Como debía volver luego á la corte, prometió recomendarla á Su Majestad si el tiempo y los negocios lo permitían, y le rogó que comiera en su casa para esperar la contestación.

La emperatriz ordenó que le fuera presentada Prascovia la misma tarde á la seis. La viajera no esperaba tanta dicha. Cuando recibió la seguridad de ello, palideció y estuvo á punto de sentirse indispuesta. En vez de dar las gracias al señor V..., elevó hacia el cielo sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh, Dios mío! exclamó. ¡No en vano he puesto en ti mi esperanza!

Llena de la turbación que la agitaba y no sabiendo

cómo demostrar su gratitud hacia su nuevo protector, besaba con efusión las manos de la señora V...

— ¡Usted sola, le decía, es digna de hacer llegar mi agradecimiento al hombre bienhechor de quien espero la libertad de mi padre!

Hacia el anochecer, sin cambiar nada á su sencillo traje, arreglaronle un poco el tocado, y el señor V... la condujo á la corte. Á medida que iba acercándose al palacio imperial, pensaba en su padre, que le había pintado tan difícil su entrada.

— ¡Si me viera en este momento! decía á su conductor; si supiera ante quién voy á comparecer, ¡qué alegría no sentiría! ¡Dios mío, Dios mío, acaba tu obra!

Sin hacer la menor pregunta acerca de la manera cómo debía presentarse, ni acerca de lo que debía decir, entró sin turbarse en el gabinete de la emperatriz. Sa Majestad la recibió con su conocida bondad, y la interrogó respecto de las circunstancias de su historia, que deseaba conocer después de las noticias que le había dado el señor V... Prascovia contestó con modesta seguridad, como hubiera podido hacerlo una persona que tuviera práctica del mundo. Habló del objeto de su viaje; persuadida de la inocencia de su padre, no pidió para él perdón, sino la revisión de su proceso. Alabó la emperatriz su valor y su piedad filial; prometió recomendarla al emperador y le hizo entregar en el acto trescientos rublos para sus primeras necesidades, sin perjuicio de nuevos beneficios.

Prascovia salió del palacio de tal modo penetrada de

su dicha y de la bondad de la emperatriz, que cuando á su regreso la señora V... le preguntó si estaba contenta de su presentación, no pudo contestar más que con un torrente de lágrimas.

Durante su ausencia, una señora de la casa de la princesa T..., viendo que no había aún regresado desde la mañana, preguntó al criado que la acompañó, y supo por él que la había visto subir en carruaje con el señor V... para ir á la corte; estaban, pues, informados de su presentación. Al regresar hacia las nueve de la noche, fué en seguida, y por primera vez, llamada al salón: el buen éxito que acababa de obtener había operado una pequeña revolución en el ánimo de todo el mundo. Su fortuna causó viva satisfacción en sus amigos, y pareció hacerla todavía más grande en aquellas personas que no le habían demostrado hasta entonces otra cosa que indiferencia. Observaron que tenía buena figura y hermosos ojos. Cuando refirió las promesas de Su Majestad y las esperanzas que ella había concebido acerca de la libertad de su padre, encontróse esto muy natural y muy fundado, y muchos miembros de la sociedad se ofrecieron generosamente á hablar al ministro en su favor y protegerla; en fin, el contento pareció general, y hasta el mismo jugador de *boston*, después de acabar, dió también pruebas sensibles de interés.

Pronto se retiró la joven á su cuarto para dedicarse á sus oraciones y poder dar gracias á Dios por los inesperados favores que acababa de recibir. Su dicha ahuyentó durante muchas horas el sueño que con tanta

frecuencia la había abandonado por causas bien distintas.

Cuando se despertó al día siguiente y el recuerdo de todo lo que le había pasado la víspera se presentó á su memoria, dió un grito de alegría.

« ¿No es esto un sueño engañoso? se preguntó. ¿Es cierto que he visto á la emperatriz y que me ha hablado con tanta bondad?... »

Aumentaban los transportes de su alegría á medida que sus ideas más claras se desembarazaban de los vapores del sueño. Vistióse rápidamente, y á fin de mejor asegurarse todavía de la realidad de los sucesos de la víspera, corrió en seguida á abrir un cajón en que se encontraba el dinero que había recibido por orden de Sa Majestad.

Algunos días después, la emperatriz madre le hizo asignar una pensión, y quiso ella misma presentarla al emperador y á la emperatriz reinante, que la acogieron también favorablemente. Recibió de su generosidad un regalo de cinco mil rublos, y fueron dadas las órdenes para la revisión del proceso de su padre.

El vivo interés que bien pronto supo inspirar al señor K..., ministro del interior, como á toda su familia, allanó las dificultades. Este hombre respetable poseía dos cualidades, que rara vez se encuentran reunidas en personas de su categoría : el poder y el deseo de servir; y más de una vez los favores que con gusto dispensaba, evitaron infructuosas gestiones á los desgraciados. El señor K... puso todo el interés que le era natural en terminar la revisión del proceso, de que

estaba encargado; y á partir de este momento, la interesante peticionaria no abrigó ya ninguna inquietud acerca de su porvenir. Conocida en la corte y favorecida por el ministro, Prascovia veía, aun con más sorpresa que júbilo, el súbito interés que el público le demostraba. Los ministros extranjeros y la personas más importantes de la ciudad quisieron verla y le dieron pruebas de benevolencia.

La princesa Y... y la señora W... le aseguraron, cada cual por su parte, una pensión de cien rublos.

Este favor general no influyó en nada sobre su manera de ser, y no le inspiró jamás el menor movimiento de vanidad. Tenía en su trato con el mundo esa seguridad que da la sencillez y, me atrevería á decir, esa valentía de la inocencia que no cree en la maldad de los demás.

El profundo estudio del mundo conduce á los que le han hecho con fruto á parecer sencillos y sin pretensiones; de suerte que se trabaja á veces mucho tiempo para llegar al punto por donde se debería comenzar. Prascovia, sencilla, en efecto, y sin pretensiones, no tenía necesidad de ningún esfuerzo para parecerlo, y no se encontraba jamás fuera de su centro en la buena sociedad. Un razonamiento sano, un espíritu justo y natural, suplían á su ignorancia profunda de todas las cosas, y con frecuencia sus contestaciones inesperadas y enérgicas desconcertaban á los indiscretos.

Cierto día, alguno la interrumpió en medio de su relato en presencia de una numerosa concurrencia, y le preguntó por qué crimen había sido condenado su pa-

dre á destierro. Á esta pregunta, poco delicada, un profundo silencio anunció la desaprobación de la sociedad. La joven, lanzando sobre el indiscreto una mirada llena de justa y fría indignación :

— Caballero, le contestó, un padre jamás es culpable para su hija, y el mío es inocente.

Cuando contaba los detalles de su historia y desarrollaba, sin advertirlo, las propias cualidades de su noble carácter, nunca estaba animada por el mismo entusiasmo que sabía inspirar á sus oyentes. No hablaba sino por satisfacer las preguntas que le dirigían. Sus respuestas eran siempre dictadas por un sentimiento de obediencia, jamás por el deseo de brillar, ó siquiera de interesar á alguien. Los elogios que le prodigaban excitaban su extrañeza, y cuando eran exagerados ó bien de mal gusto, no podía disimular entonces su descontento.

El tiempo que pasó en la capital, aguardando el indulto de su padre, le proporcionó innumerables goces.

Todo era nuevo para ella; todo le interesaba. Las personas que veía frecuentemente admiraban los juicios llenos de buen sentido que formulaba sobre los diversos objetos de sus observaciones. Dos damas de la corte, á quienes había tomado afecto particular, las condesas W..., le proporcionaron un día la ocasión de ver el interior del palacio imperial, y se divirtieron mucho con la sorpresa que le causaban á cada paso tantas riquezas reunidas y tan vastos departamentos. Cuando entró en la magnífica sala de San Jorge, hizo el signo de la cruz, creyendo entrar en una iglesia. Volvió á ver, sin re-

conocerlos, algunos salones que había ya visitado cuando tuvo lugar su presentación. ¡Tan preocupada estaba entonces con su situación y con el objeto importante que la guiaba!

Al pasar por una gran sala, lleno su espíritu de admiración por tanta maravilla, una de las señoras le hizo observar el trono. Detúvose de repente conmovida por el respeto y el temor.

— ¡Ah! dijo. ¿Es éste el trono del emperador? ¡He aquí, pues, lo que yo temía tanto en Siberia!

El terror que le causaba antes esta idea, el recuerdo de los beneficios del emperador, el pensamiento de la próxima libertad de su padre, llenaron su corazón agradecido de inexplicable turbación.

Juntó las manos y palideció.

— ¡He aquí, pues, repetía con voz alterada y á punto de sentirse mala, el trono del emperador!

Pidió permiso para aproximarse á él y avanzó temblorosa, sostenida por sus conductoras, vivamente impresionadas también por esta inesperada escena. Prascovia, de rodillas ante el trono, besaba las gradas con transporte y las regaba con sus lágrimas.

— ¡Oh, padre mío! exclamaba. ¡Ved adonde me ha conducido el poder de Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Benedicid este trono, bendicid á quien lo ocupa y haced que sus días estén llenos de toda la felicidad con que me ha colmado!

Costó algún trabajo llevarla á otro departamento; pero bien pronto pidió permiso para retirarse, fatigada por las vivas emociones que acababa de experimentar,

y se aplazó para otro día la visita al resto del palacio.

Algún tiempo después, las dos señoras la condujeron á la *Ermita*. Este soberbio palacio, cuya riqueza y elegancia dan la idea de un palacio encantado, le produjo más placer que todo lo que había visto hasta entonces. Por vez primera veía cuadros y pareció extasiarse contemplándolos. Reconoció por sí misma muchos asuntos sacados de la Sagrada Escritura; pero al pasar ante un gran cuadro de Lucas Giordano, que representa á Sileno borracho, sostenido por bacantes y sátiros:

— He aquí, dijo, un feo cuadro. ¿Qué representa?

Le contestaron que el asunto estaba sacado de la fábula. Preguntó de qué fábula. Como no tenía idea alguna de la mitología, hubiera sido difícil darle una explicación satisfactoria.

— Así, pues, ¿no es esto todo verdad? decía. Aquí hay hombres con pies de cabra. ¡Qué locura, pintar cosas que jamás han existido, como si faltaran las verdaderas!

De este modo aprendía á la edad de veintiún años lo que ordinariamente se aprende en la infancia. Su curiosidad, sin embargo, jamás la hacía indiscreta: rara vez formulaba preguntas, y procuraba comprender ó adivinar por sí misma aquello que sus observaciones le presentaban como nuevo y extraño.

Nada le interesaba tanto como encontrarse en una sociedad de personas instruídas que no fijaran su atención en ella y oír sus conversaciones; miraba entonces respectivamente á cada interlocutor á medida que hablaba, y le escuchaba con particular atención, no olvidando nada de lo que había oído ó podido comprender.

Cuando estaba entre sus conocidos íntimos, dirigía involuntariamente la conversación hacia la bondadosa acogida que le dispensaron las dos emperatrices. Recordaba con sentimiento de gozo cada una de sus palabras y no podía hablar de ello sin que lágrimas de agradecimiento vinieran á humedecer sus párpados; era dichosa entonces oyendo á cada uno encarecer los sentimientos de admiración que manifestaba, y extrañábase de que no hablaran con frecuencia de aquello que tanto placer le causaba.

El úkase devolviendo la libertad á su padre tardó, no obstante, más de lo que ella había esperado. Mientras sus amigos allanaban las dificultades de este asunto, Prascovia no olvidaba á los dos prisioneros, que, á su salida de Ischim, le ofrecieron compartir con ella su menguado tesoro. Con frecuencia había hablado de ellos á las personas que podían influir en su suerte; pero sus protectores le habían aconsejado unánimemente que no acumulara estas gestiones á las que se hacían en favor de su padre, y sólo el temor de perjudicar á la causa de sus padres había podido impedirle persistir en sus buenas intenciones. Felizmente para aquellos desgraciados, la bondad del emperador le dió ocasión para serles útil. Cuando se expidió para Siberia el úkase definitivo de libertad de su padre, Su Majestad, al hacer anunciar á Prascovia la dichosa noticia, encargó al ministro que le preguntara si deseaba algo personal para ella misma. Respondió en seguida, que si el emperador quería acordarle aún una gracia, después de haberla colmado de felicidad con la libertad de su padre,

ella le suplicaba que acordara el mismo favor á los dos infortunados compañeros de sus padres. El señor de K... dió cuenta al emperador de la noble gratitud que llevaba á la joven á sacrificar los favores del soberano para favorecer á dos hombres que le habían ofrecido algunos kopecks á su salida de Siberia. Su deseo fué atendido, y la orden de indulto salió algunos días después que la que concernía á su padre.

Así, el movimiento de generosidad que impulsó á los dos hombres á socorrer con sus pobres medios á la viajera al marchar, les valió la libertad.

Habiendo obtenido todo lo que deseaba, Prascovia pensó en seguida en cumplir sus votos, y volvió á marchar en peregrinación para Kiew. Llenando este deber piadoso y meditando sobre todo lo que la Providencia había hecho en su favor, tomó la resolución irrevocable de consagrar á Dios sus días.

Mientras se preparaba á este sacrificio y tomaba el velo en Kiew, su padre recibía en Siberia la noticia inesperada de su libertad; su hija había salido hacia más de veinte meses, y por inexplicable fatalidad, sus padres nunca habían recibido noticias suyas. Durante este tiempo el emperador Alejandro había subido al trono: á su dichoso advenimiento, un gran número de prisioneros habían sido indultados; pero los de Ischim no figuraban entre ellos. La suerte de Lopuloff y de su mujer no había hecho sino convertirse en más y más cruel. Privados en adelante de toda esperanza, así como de la presencia de la hija querida que les había ayudado á soportar la vida, estaban á punto de sucumbir bajo el

peso de sus males, cuando un correo del gobernador de Tobolsk vino á sacarles de este abismo. Con el úkase de su libertad recibieron un pasaporte para entrar en Rusia y una suma en metálico para el viaje.

Este suceso y las circunstancias de que iba acompañado, hicieron mucho ruido en Siberia. Los habitantes de Ischim, que conocían á Lopuloff, así como los prisioneros que se encontraban en el pueblo, fueron á su casa en cuanto tuvieron conocimiento de lo que pasaba.

Aquellos de su antiguos compañeros de infortunio que ridiculizaban la empresa de Prascovia, sobre todo, los que le habían negado los socorros de que podían disponer para su viaje, hubieran querido entonces haber contribuido á él. Lopuloff recibió las felicitaciones de todo el mundo con agradecimiento, y su dicha hubiera sido completa sin la pena que sentía al dejar cautivos á sus dos amigos, cuya buena suerte ignoraba todavía.

Esos dos hombres, ya viejos, estaban en Siberia desde la revolución de Pougatcheff, en la cual habían sido desgraciadamente complicados en su juventud. Lopuloff se había unido más estrechamente á ellos desde la partida de su hija; ellos solos, entre todos sus conocidos, habían demostrado sincero interés por la suerte de la viajera. Durante mucho tiempo sus conversaciones no versaban sino acerca de ella y de las probabilidades dichosas ó desgraciadas que preveían alternativamente, según fuese temor ó esperanza el sentimiento que les agitaba.

Lopuloff ofreció dejarles una parte de los socorros que había recibido; pero no aceptaron su ofrecimiento.

—No los necesitamos, dijo uno de ellos; yo tengo todavía la moneda de plata que su hija no quiso aceptar al marcharse.

Ningún sentimiento de envidia entraba en esta negativa; pero un profundo desaliento pesaba sobre los dos infortunados, desde la noticia que les separaba de su único amigo. Acordáronse de la promesa que les hizo Prascovia al marcharse, de interesarse por ellos: persuadidos, así como todos los habitantes de Ischim, según los rumores que corrían en el público, del favor sin límites que aquélla había obtenido, creyéronse olvidados, y, no atreviéndose á quejarse á su padre, encerraron en su corazón la sombría pena que les devoraba.

La víspera del día en que Lopuloff debía separarse de ellos, quisieron ir á despedirse, para no experimentar el dolor de asistir á su partida: salieron de su casa á las nueve de la noche y se retiraron con el corazón cargado de todos los dolores que los hombres pueden resistir sin morir.

Después que se hubieron retirado, Lopuloff y su mujer lloraron mucho tiempo sobre la suerte de sus dos amigos.

—Sin duda, decían, nuestra hija no les ha olvidado; tal vez con el tiempo obtenga todavía su indulto: nosotros la incitaremos para que haga nuevas gestiones en su favor.

Con estas consoladoras ideas, se acostaron, para estar dispuestos á marchar al día siguiente muy temprano.

Apenas se habían dormido, cuando oyen llamar

violentamente á la puerta; el mismo *feldiegre*¹ que les había llevado la buena noticia, no encontrando al capitán *ispravnick*² á quien iba dirigido el despacho, y conociendo su domicilio, volvía con el indulto de los dos amigos. Lopuloff se levantó precipitadamente para conducirlo á casa de los agraciados.

Los dos infelices se habían retirado en la más completa desesperación.

Al entrar en su desierta choza, sentáronse en un banco en medio de la obscuridad, guardando profundo silencio. ¿Qué podían decirse? Habían perdido toda esperanza, y el destierro perpetuo pesaba sobre ellos con nueva fuerza.

Hacia dos horas que sufrían á la vez sus males presentes y los que el porvenir sombrío les ofrecía, cuando la claridad de una linterna vino á alumbrar de repente la pequeña ventana de su albergue: escuchan; varias personas hablaban y caminaban cerca de la cabaña. Llamaban; una voz amiga y conocida se deja oír:

— ¡Amigos, abrid!... decía. ¡Perdón, perdón para vosotros también! ¡Abrid!

Ninguna lengua podría describir semejante situación. Durante algunos minutos no se oyeron más que frases entrecortadas: «¡Gracia!... ¡El emperador!... ¡Dios le bendiga!... ¡Alabado sea Dios!... ¡Que él colme con sus favores á la buena Prascovia que no nos ha olvidado!»

1. Nombre procedente del alemán, que significa *cazador*. Los *feldiegres* forman un cuerpo militar y hacen las veces de correos de gabinete.

2. Especie de subgobernadores en las poblaciones subalternas.